



FELISA PÉREZ PÉREZ

¿Qué recuerdos conserva de cuando era pequeña, amigos/as, juegos, escuela, primera comunión?

El único juguete que me compraron fue una muñeca; era una caperucita roja y estaba loca con ella. A veces, hacía vestidos con dos palos y una cabecia de cera, la vestía, y ya estaba la muñeca. También jugaba a la comba.

En la escuela me gustaban poco las matemáticas; La Jorja y la Visita iban siempre por delante de "picapelón". Mis mejores amigas eran la Leonor, la Jorja, la Felisa -la mujer del Pepito-, mi prima la Joaquina -la del Manolín- y sobre todo la "Visita".

Lo pasábamos muy bien paseando por la carretera y comiendo "emberos" por las viñas.

Era costumbre hacer la 1ª Comunión el día de la Trinidad y al día siguiente ir a la Virgen de la Sierra. Recuerdo que tenía 7 años recién cumplidos y que llevaba un saqueto; comulgamos 10 ó 12 a la vez. Por la tarde compró un conejo la tía Anica que pagamos las chicas, y ella nos lo guisó y luego nos lo merendamos. Después, como hacíamos siempre, nos íbamos a andar.

Lo que más me gustaba era leer, me leía todo, incluso los anuncios, mi padre tenía periódicos de "El Noticiero". El Baldomero -que era Secretario- tenía como una biblioteca y nos dejaba libros; me decía: "toma, que te traigo unos libros que ya te habrás leído los otros".

A los 11 años me bajé a vivir a Zaragoza.

¿Qué es lo que más le gustaba de las fiestas y de las costumbres de su juventud?

A los 14 años subimos de nuevo a Oseja, y a los 16 bajé definitivamente a Zaragoza, aunque a las fiestas subíamos casi todos los años. Un año recuerdo que llegamos al "empalme" con una

nevada que no sé ni cómo subió el autobús. Nos vinieron a buscar con caballerías, seguramente el tío Sebastián.

En las fiestas íbamos a misa y a bailar.

Me acuerdo en esos años que me decía mi madre: "eres más bruta que un "zenojo" y otras veces: "tienes la cabeza más dura que un adokin de Calatayud".

Para Santa Lucía íbamos a por "estrepas" a la Selva y en las puertas de las casas hacíamos las hogueras. Para San Blasico hacían misa para los muertos, y por la noche se asaban patatas asadas en la plaza.

El 1 de mayo cortaban un chopo, ponían en la plaza el "mayo" y en lo alto un gallo, pocos llegaban a él.

Después de segar ya estaba el baile preparado, una bandurria y a bailar. De vez en cuando hacían ¡cada zaragata!

Había dos bandos que iban de ronda y cantaban jotas de picadillo, y ya estaba "armau", por un lado el Cipriano con una guitarra y por el otro el Basilio, terminaban con las guitarras rotas, pero no se pegaban.

¿Se acuerda de sus padres y abuelos?

Mis padres se "mataban" por mí y luego también nos ayudaron con los críos.

Mi padre murió con 92 años y siempre me dio buenos consejos.

Una vez, estaba yo en la plaza con la Leonor, con su padre el Tomás y con mi padre Antonio. El padre de la Leonor le dijo al mío que habían entrado unas chicas en el huerto del Pedrín a coger ciruelas. Mi padre le comentó: "pues mi hija seguro que no ha ido". Por supuesto que no fui; jamás he entrado a coger nada de nadie, y además mi padre me hubiera dado una paliza, y eso que nunca me pegó.

Otra vez pasó algo parecido con un "zere-meño" (árbol de peras pequeñas) que tenía la Escolástica. Yo nunca había ido a ese huerto, además ese día me fui por la "Honda" a coger

hierba, y aún así, mi madre me dio “un morrazo” sin tener culpa de nada.

Mi madre tenía mucho genio y mi padre era un “bendito”, serio, pero muy bueno. Los padres solían arreglar los matrimonios, pero conmigo no pudieron.

De los abuelos, al único que conocí fue a mi abuelo Antón que se murió a las 97 años. Yo era la mayor de los nietos, la más pequeña la Josefina. Recuerdo que estando con mi abuelo y con mi primo el Antonio “el de Moros” le dijo mi abuelo: “¡Antonio ven aquí!, y éste le respondió: ¡sí, para que me pegues con la gayata!

Con la prima Joaquina me he llevado muy bien, la verdad es que con los primos éramos como hermanos. Como una hermana que tenía don Ángel “el maestro”; hasta me lo decía él. Estuvo en mi casa hasta que terminó los estudios y se casó, después se fue a Calatayud y nosotros nos bajamos a Zaragoza.

Todos éramos felices, no se contestaba de mala manera y había respeto.

¿Qué es para usted Oseja?

Si por mí fuera, estaría más tiempo en Oseja. El sitio que más a gusto me he encontrado ha sido en mi puerta y en la de Manuela. De todas maneras, en Oseja, dentro de poco no va a quedar nadie.

¿Se siente aragonesa?

Pues claro que me siento aragonesa. ¡Sólo faltaría!; toda la vida he sido de aquí. Algunas veces les daría a los que mandan algún “cascañetazo”, porque ¡amos con lo de los trasvases!; ¡pero! ¡cómo no sabemos pedir como otros!...

¿De qué ha trabajado en su vida?

En Oseja iba con la “Feli” a coger patatas, uvas, esrayar las cepas...

En Zaragoza he trabajado en una pastelería.

Mi padre estaba empeñado en que estudiase, pero yo no quería.

¿Mejor el pueblo o la ciudad?

Para vivir, mejor en Zaragoza, pero estaría mucho tiempo en Oseja.

¿Ha viajado mucho?

Cuando me casé fui a Bilbao y San Sebastián, pero no me ha gustado viajar.

¿Qué es lo que más y menos le gusta de la vida actual?

Pocas cosas hay que me gustan; ahora no hay respecto, riñen, se matan... Hay poca educación y mala gente.

¿Cómo se ve la vida y la muerte a los 83 años?

La vida la he llevado como ha venido, y tan feliz.

He sido muy feliz con mi marido después de 52 años casada, jamás en mi vida he tenido una discusión con él.

Me gustaría tener mejor las piernas, pero me aguanto. He sido siempre muy de casa, y ahora más por necesidad. Trabajando en casa soy feliz, y haciendo “punto”, aunque no se lo lleve nadie.

Tengo la ilusión de que se coloque mi hija, pronto y bien.

La muerte la veo cerca, sé que tengo que “fenecer”. Lo que no me gustaría es estar mucho tiempo en un hospital.

Cuando me toque, pues fuera, y ya está. Los muertos, están muertos, no se puede hacer nada, no tienen remedio.

¿Cómo le gustaría que la recordasen?

Que me recuerden como quieran.

A los hijos les he dado lo que he podido y más.

No he reñido con nadie, y tengo genio ¡eh!, pero me aguanto siempre he pensado que cada uno vaya a su marcha y que haga lo que quiera.

Al final uno ya no se acuerda de nadie, aunque yo me acuerdo todos los días de mi madre, y sobre todo, de mi padre.

Miguel A. Pérez Gil